

GABRIEL MIRÓ Y MURCIA

MARIANO MORENO REQUENA

La obra del escritor alicantino Gabriel Miró (Alicante 1879-Madrid 1930) ha sido un magnífico modelo para numerosos escritores murcianos del siglo XX, tal vez por el común entorno geográfico en el que se producen sus obras –el levantino de la luz y los sentidos–, tal vez por la afinidad espiritual de muchos de ellos o, simplemente, por ser la de Miró una de las creaciones literarias más sugerentes y densas tanto en aspectos lingüísticos como en los relativos a contenidos.

En las páginas siguientes nos proponemos realizar un acercamiento a aquellos aspectos que relacionan la vida y la obra del escritor alicantino Gabriel Miró con el ámbito murciano, tierra de la que procedía su familia materna y cuya influencia se deja notar en diversos aspectos de la biografía y la producción literaria del narrador alicantino. Sin ánimo de agotar el tema, creemos de interés recoger y ordenar unos datos que nos informan de las relaciones existentes entre Miró y esta región, y al contrario, de la atención que Murcia ha tenido con el prosista levantino, ejemplificada en los estudios que los de aquí han dedicado a Miró.

1. GABRIEL MIRÓ, CERCA DE MURCIA

En la biografía de Gabriel Miró encontramos los primeros contactos con Murcia en sus ascendientes por vía materna. El profesor Edmund L. King¹, que ha

¹ Edmund L. King (1982): *Sigüenza y El mirador azul. Prosas de "El Ibero"*, Ediciones de la Torre, Madrid, pp. 15-23.

investigado cerca de la familia Miró tantos y tan minuciosos datos, nos ofrece en su libro un completo panorama de los ascendientes familiares de Gabriel Miró, que podemos completar con las informaciones de Vicente Ramos² y de Heliodoro Carpintero³. La familia materna de Miró habitó en Murcia y Orihuela, aunque los familiares del escritor, preguntados por el profesor King, no recordaban nada de los tatarabuelos. En lo relativo a la rama del abuelo materno, a principios del siglo XIX, según relata Edmund L. King, un murciano apellidado Ferrer casó con una señorita Vicenta; de ella cuenta la familia que a la edad de 104 años fue arrastrada, con su casa, por una gran riada del Segura. Había tenido dos hijos: Vicenta y Francisco, abuelo del escritor. La figura de la que sería bisabuela de Gabriel Miró coincide, en algunas de estas circunstancias, con el personaje de la abuela de Antón Hernando en la novela de Miró *Niño y grande* (1909 y 1922) (O.C. p. 433-434)⁴.

Por parte de la rama de la abuela materna, se sabe que un tal don Andrés Ons –personaje de perfiles románticos, según H. Carpintero, por los sucesos que protagoniza– llegó a Murcia, procedente de Galicia, y que se asentó en la cercana Orihuela donde casó con la murciana doña Luisa Villalonga, de familia distinguida y venida a menos. El matrimonio tuvo sólo una hija, Lucía Ons. La historia de esta familia presenta algunas variantes según el biógrafo que leamos: para E.L. King, don Andrés prosperó en Orihuela suministrando materiales al ejército de Isabel II, ganancias que cobró en bonos. Marchó luego a Argel, como tantos emigrantes alicantinos de la época en busca de nuevos horizontes, y a su regreso a Orihuela conoce la noticia de que sus bonos han perdido todo valor, lo que casi le lleva a perder el juicio; poco después ingresa en un convento. Doña Luisa, por entonces, había muerto y la hija, de gran belleza y desamparada, pasó al cuidado de una prima de la madre que regentaba una posada en Orihuela.

Según H. Carpintero, don Andrés marcha a Orán y, en su ausencia, su administrador oriolano malversó su fortuna; la mujer murió y la hija, Lucía, fue internada en un convento de monjas. Don Andrés murió poco después, y la dueña del “Parador de la Estrella y la Rosa” sacó del convento a la niña y la prohió. A este respecto, François Gondrand apunta que don Andrés, tras su ruina, volvió a Orán y que la mujer y la hija fueron recogidas por la dueña del parador.

² Vicente Ramos (1979): *Gabriel Miró*, Instituto de Estudios Alicantinos, Alicante, pp. 13-18.

³ Heliodoro Carpintero (1983): *Gabriel Miró, en mi recuerdo*, Universidad de Alicante, Alicante, pp. 15-31. Nos referiremos a estos tres libros de King, Ramos y Carpintero, fundamentalmente, a lo largo de las páginas de este apartado.

⁴ Aún así, como han señalado varios críticos y biógrafos del autor, no nos hemos de dejar llevar por los posibles datos autobiográficos que parecen encerrar algunas obras de Miró, pues están transformados poéticamente en la creación literaria, aunque en sus orígenes probablemente haya ciertas notas de verdad.

Lo que sí destaca Carpintero es la vida azarosa que llevó Lucía Ons Villalonga en su infancia que, según él, fue origen de su débil voluntad. Y ello lo relaciona con la manera en que vino a casarse con Francisco Ferrer, el murciano al que antes mencionamos. Relata E.L. King que un diplomático francés, que se hospedaba en la fonda oriolana, se enamoró de Lucía y que la pidió en matrimonio. Por entonces, recaló en la fonda Francisco Ferrer, que también se enamoró de la bella joven. “*La contienda resultaba desigual, aunque del francés no sabemos nada salvo su profesión. Los epítetos que se recuerdan de Francisco son “matón” y “guapo”. Era camorrista y labrador de sus propias tierras en la fértil región de Murcia. No quiso que enviaran a Lucía, con o sin su diplomático, a París con objeto de que se puliera un poco. En resumidas cuentas, la amenazó con matarla con su faca en el caso de que no accediese a casarse con él. Y se casaron*” (King, (1982): p. 16). Las tierras de Francisco quedaban no muy lejos del término de Orihuela, y Lucía heredó la propiedad de la fonda, por lo que decidieron vivir en Orihuela. Construyeron una casa junto al parador y en ella crecieron los once hijos que tuvo el matrimonio, de los que la familia Miró recuerda a los siguientes: Carmen, Encarnación (madre de Gabriel Miró), Baldomero, Lola, Antonio, José y Francisco. Curiosamente, casi todos ellos, ya adultos, se relacionan de un modo u otro con Cartagena, ciudad que inicia su auge económico e industrial a finales del siglo XIX. Así, Baldomero, hombre hábil en los negocios, que compra un huerto de naranjos en “Los Cobos”, en el término municipal de Orihuela pero lindando con el de Murcia, y tras promocionar sus naranjas bajo el nombre de “El Derby”, prospera económicamente. Adquiere luego una casa en Orihuela, otra en Murcia y “*una espléndida mansión en Cabo de Palos*”, según E.L. King a quien seguimos en todos estos datos. Carmen regentó en Cartagena, para seguir la tradición familiar, la “Posada del Carmen”. Lola se trasladó a Cartagena al casarse con don Jesús Sánchez, primer maquinista del vapor *Reina Regente*, que murió en un naufragio de su barco en 1895; su esposa volvió con doña Lucía, que vivió hasta finales de siglo. José, por su parte, con poca fama de trabajador, casó con dos veces con viudas, gracias a lo cual “*pudo vivir en una buena casa de Cartagena*”. Por último, Antonio Ferrer se convirtió en el médico más famoso y respetado de Cartagena, con el que su sobrino Gabriel mantuvo una afable relación.

La familia paterna del escritor alicantino procedía de Alcoy, en donde su abuelo, llamado Gabriel también, era propietario de la fábrica de tejidos de lana “Miró, Gisbert y Compañía”. Casado con Agustina Moltó, tuvieron siete hijos, de los cuales, Juan, el cuarto, inició estudios de Teología en Valencia, que abandonó para cursar Ingeniería de Caminos en Madrid. Tras una breve estancia en Santander, es trasladado a Alicante. En una inspección del tramo de la carretera que va desde Las Atalayas a Murcia, en la zona de Orihuela, se hospeda en el parador de los Ferrer, en donde conoce a Encarnación Anastasia Ferrer Ons, con la que logra contraer matrimonio en la iglesia parroquial de El Salvador (Orihuela), tras cierta oposición

familiar. Además, evitaron que la boda se convirtiera en un espectáculo social al no aceptar que fuera el obispo el que los casara, además de celebrar el matrimonio al alba del 26 de junio de 1876.

Juan, el primer hijo de Juan Miró y Encarnación Ferrer, nació en Alicante el 21 de junio de 1877; el segundo y último, al que se bautizó con los nombres de Gabriel Francisco Víctor –los dos abuelos y el santo del día de su nacimiento–, el 28 de julio de 1879 a las seis de la tarde, en el domicilio familiar de la calle de Castaños, 14, 2º, de Alicante. En 1883 la familia se traslada a la calle Babel, 52, a las afueras de la ciudad, para tratar evitar las frecuentes epidemias de cólera que solía propiciar el comercio marítimo de la ciudad con el norte de Africa. En esta casa ubica el Gabriel Miró adulto el famoso “mirador azul” del relato sobre su infancia que titula “Sigüenza y el mirador azul” (cfr. libro citado del profesor E.L. King).

Gabrielito, Gabrielín o Belito, como cariñosamente era llamado en casa, enfermó cuando iba a cumplir los cinco años, en 1884; ante lo débil que quedó tras la enfermedad, doña Encarnación decide trasladarse con él “al *Huerto de los Cobos*”, en pleno campo a unos pocos kilómetros de Orihuela”, escribe Heliodoro Carpintero (p. 22). La hija menor de Gabriel Miró, Clemencia, señaló en el Prefacio a las *Obras Completas* de su padre –Biblioteca Nueva, Madrid, 1969, 5ª ed.– que éste “pasó una breve temporada en la finca de su madre, *“Los Cobos”*, en Beniel (Murcia)” (p. XVI). En realidad, ambas informaciones tienen parte de la verdad ya que el huerto o finca de “Los Cobos” está situado dentro del término municipal de Orihuela pero lindando con el límite de la provincia y el término de Murcia, justo enfrente de la localidad murciana de Beniel. Actualmente, dicho paraje se conoce con el nombre de “Rincón de los Cobos”, dado que ocupa una porción de tierras en forma de ‘uve’ o triángulo, demarcado en el Oeste por el límite de la provincia de Murcia –término municipal de Murcia, pedanía de El Raal–, en el Este por la margen izquierda del río Segura y en el Norte por la Acequia del Maraicho: un auténtico rincón de fértil huerta en el límite de las provincias murciana y alicantina⁵. El hecho de que Clemencia Miró relacione dicha finca con Beniel se debe a la gran proximidad de ambos lugares: la finca está en la margen izquierda del Segura y Beniel en la derecha. Pero lo verdaderamente interesante de todo esto es que “*Gabriel creció y se tonificó en el campo*”, como escribe H. Carpintero, más concretamente, diríamos nosotros, en la huerta, lo que constituyó para el futuro escritor una decisiva y prolongada toma de contacto con la naturaleza, el paisaje exube-

⁵ Esta finca debe ser el “Huerto de los Cobos” que, en el término de Orihuela, compró Baldomero Ferrer, tío de Gabriel, según menciona E.L. King (1982: p. 17), aunque Clemencia Miró atribuye la propiedad de dicho lugar a su madre (O.C. p. XVI).

rante de la Vega del Segura, que sin duda ayudó de manera importante a promover la afición de Miró por el paisaje, protagonista indiscutible de muchas de sus páginas literarias.

De 1901 son los primeros artículos publicados por Gabriel Miró en la revista quincenal *El Ibero*, de Alicante, creada por su amigo Figueras Pacheco. En uno de ellos, titulado “Paisajes tristes”, como en algunos otros que escribiera en esa revista, Heliodoro Carpintero cree ver retratado un hecho común del Campo de Cartagena cuyas secuelas se dejaban ver en los labriegos de la zona: el paludismo producido por las charcas inundadas que abundaban en aquellos parajes⁶. El autor relata su visita a una casucha pobre y apartada en la que malvive una familia campesina, uno de cuyos hijos está ya afectado por el *mal* y no hacía mucho otras dos hijas “*se murieron quemadicas las pobres por la calentura*”. El uso de este diminutivo, tan propio de Murcia, aparecerá en otras muchas páginas mironianas posteriormente, sin duda aprendido en el habla oriolana de su madre, tan cercana al murciano. Con toda probabilidad, Miró conoció esta situación tan triste por medio de su tío el doctor don Antonio Ferrer en una de las “*inolvidables temporadas*” que pasó junto a él. “*Admiración y cariño* –ha escrito H. Carpintero (p. 77)– *guardó siempre Miró por su tío, el Dr. Ferrer. Cuando este murió, dijo: ‘Era la figura de más interés de mi familia materna. Sin él, los horizontes de Cartagena y Cabo de Palos se me alejan a distancias que ya no sé si caminaré’*”.

El 4 de agosto de 1906 se produjo el naufragio del buque italiano “Sirio” junto a las Islas Hormigas, enfrente de Cabo de Palos, suceso que tuvo gran repercusión en Cartagena y en toda aquella comarca por el elevado número de víctimas que se produjo⁷. Antonio Oliver Belmás ha escrito que, en una de las Misiones Pedagógicas que organizó en 1933 en la Escuela de Cabo de Palos para hombres y mujeres del lugar, leyó varios fragmentos de las “Estampas del faro” de Miró y que algunos de los presentes que participaron con sus barcos en el rescate de naufragos reconocieron en el “Sicilia” del relato al buque italiano “Sirio”. Según Oliver⁸, “*la familia de Miró se hallaba aquel verano en Cabo de Palos, en casa de su tío el médico cartagenero D. Antonio Ferrer, mientras que Miró retenido por sus quehaceres permanecía en Alicante. Los hermanos Buigues fueron a Alicante en su “Joven Marcos”, y de parte del Sr. Ferrer buscaron allí a Gabriel Miró, invitándolo-*

⁶ El texto de Miró “Paisajes tristes” está incluido en el libro ya citado de E.L. King (1982: pp. 124-126), y se publicó en *El Ibero* n° 84, el 16 de septiembre de 1901.

⁷ Las dos fuentes de donde tomamos estos datos difieren en el número de víctimas que ocasionó el naufragio del “Sirio”. Mientras que Antonio Oliver (1936) indica que sólo se salvaron 800 personas de las 1.800 que viajaban en el buque, Heliodoro Carpintero habla de 800 pasajeros y unas 200 víctimas.

⁸ Antonio Oliver Belmás (1936): “Naturaleza y poesía en la obra de Gabriel Miró”, en *Revista Hispánica Moderna*, n° 3, II, Nueva York.

le a marchar a Cabo de Palos. Cuentan que Miró se entusiasmó ante tan magnífica oportunidad. Se creería acaso un héroe clásico, que iba a surcar aquella mañana el Mediterráneo. Aceptó jubiloso". Durante el viaje en el "Joven Marcos", Bautista Buigues y sus hijos relatarían al escritor con detalle los acontecimientos del "Sirio", y años después el recuerdo de esa historia, "reelaborado y quintaesenciado" como apunta Carpintero, resurgió en sus "Estampas del faro", que se incluyeron en el libro *El ángel, el molino, el caracol del faro* (1921). Curiosamente Miró, que participó del almuerzo marinero de los tripulantes, parece que llegó a manifestarles su deseo de abandonar España al no haber encontrado apoyo suficiente para sus proyectos de trabajo. En el artículo de Oliver Belmás se concreta, además, alguna de las costumbres que el escritor tenía en sus estancias en la costa cartagenera: "En Cabo de Palos, Gabriel Miró pasaba largas horas en el llamado "Puesto del Cura", donde se entregaba a la contemplación y al ensueño. Le gustaba ver desde las calas, la salida de la luna. No recataba su entusiasmo por las grandezas panorámicas de Cabo de Palos, a cuya torre –sombra que no quiso pisar– subió sin duda alguna más de una vez. A primeros de septiembre de 1906, Miró regresó a Alicante en el "Joven Marcos", volviendo en 1907, en 1910, y aun años más tarde a Cabo de Palos, pero nunca ya de aquella forma tan deliciosa y sugestiva".

El escritor y pintor de la Unión, Asensio Sáez, que recibió de Clemencia Miró, la hija menor del escritor, el encargo de realizar las ilustraciones para unas ediciones de lujo de las novelas de Oleza y *El ángel, el molino, el caracol del faro*, ha señalado el sincero afecto que la familia Miró mostró siempre por Cabo de Palos y su mar. En un artículo⁹ escrito para conmemorar la muerte de Clemencia, con la que mantuvo una frecuente relación epistolar en la etapa final de su vida, se apunta el deseo de ésta por volver a Cabo de Palos, lugar de los recuerdos de su infancia¹⁰. "Releo sus cartas. Constantemente, –escribe A. Sáez– la alusión al paisaje gozado, al mar de la infancia: Cabo de Palos. El gran cirio del faro, la arena blanca de la Manga del Mar Menor, el molino de ocho velas... "¿Hay en Cabo de Palos un hotel aceptable? ¿En la Barra, la playa, dónde?" (...) El mar. El mar siempre. ¿Un hotel aceptable en Cabo de Palos? No, no hubo hotel aceptable. Entonces Cabo de Palos era todavía un lugar recoleto, perdido en una esquina de Murcia. Ahora, decía, a

⁹ Asensio Sáez (1966): "Clemencia Miró", en *Idealidad*, nº 106, diciembre, Caja de Ahorros del Sureste de España, Alicante.

¹⁰ Clemencia Miró (Alicante 1905- Madrid 1953), la hija menor de Gabriel Miró, se preocupó de recoger los trabajos de su padre que había dispersos en la prensa europea e hispanoamericana, escribió su biografía y recogió abundante bibliografía de su obra; además, fue autora de poesía, realizó la traducción de los poemas de Keats para la colección Adonais y escribió para sus sobrinos Olympia y Emilio un original libro de cuentos infantiles, *Pemenato*, que no quiso publicar en vida (Cfr. Ediciones de la Torre, Madrid, 1987; colección Alba y mayo, nº 4, 124 pp.). Clemencia, que enfermó al final de su vida, pasó una larga temporada en un hospital de Leysin (Suiza) para intentar restablecerse.

los trece años de su muerte, en una tarde de invierno adelantado, con lluvia –¡por qué lloverá sobre el mar!–, he vuelto a pasar, una vez más, ante la casa de Cabo de Palos donde los Miró habitaron muchos veranos”.

En otro artículo de Asensio Sáez publicado en *ABC*, en esta ocasión para conmemorar el centenario del nacimiento del escritor alicantino (1979), hallamos nuevas informaciones acerca de las costumbres de Miró en sus estancias en Cabo de Palos, así como otras muestras de los buenos recuerdos que la familia Miró guardaba del lugar. Antonio Ros, oftalmólogo español afincado en México y vecino de Miró los veranos en Cabo de Palos, refiere a Asensio Sáez cómo el escritor solía invitarle a “*acompañarle por el acantilado, a lo que él llamaba ‘sacar la luna’*. *Por el roquedal, salvando vacíos y recibiendo el rocío bautismal del oleaje, ganaba el horizonte despejado, el agua desnuda y grande, para aguardar, efectivamente, expectantes, el acontecimiento de ver nacer la luna, redonda como la corona de los santos, entera y blanca, goteando mar”*.

Don José Jiménez, pariente de Miró por línea materna y habitante de La Unión, recuerda a su tío Gabriel: “*¡Pues claro que recuerdo los veranos de tío Gabriel! Cierro los ojos y me parece verlo todavía escribiendo, meditando, pidiéndole un vaso de agua fría a tía Clemencia... Bueno, los niños bajo ningún pretexto podíamos acercarnos hasta él cuando escribía...*”. *Don José Jiménez es un hombre culto, conversador admirable, que guarda, en olor de reliquia, libros dedicados por ‘tío Gabriel’, retratos, recuerdos... Coincide con Antonio Ros, nacido precisamente en La Unión: “Entonces Cabo de Palos era sólo un pueblecito de pescadores y escasos veraneantes, con el brazo de arena de la Manga al fondo, totalmente desierta, como escenario de contrabandistas y piratas. ¡Con decir que en el poblado no había ni un solo hotel!”*.

Como dice Antonio Oliver en su artículo citado, “*Gabriel Miró incorpora a su labor literaria esta zona geográfica de la provincia de Murcia, que inmortaliza para siempre*” en las páginas de las “Estampas del faro”. El paisaje de la obra de Miró –que según parece recorrió también otras zonas costeras murcianas como la de Águilas– queda enmarcado, pues, según Oliver, por dos Cabos significativos: “*Cabo de Palos, punta sur de ese arco que se alza desde allí hasta Cabo la Nao y que abraza el verdadero corazón de toda la comarca de Sigüenza*”.

El 15 de febrero de 1908, la dirección de “El Cuento Semanal” –que había premiado la novela *Nómada* de Miró en el primer concurso que organizaba, siendo jurado del mismo Valle-Inclán, Pío Baroja y Felipe Trigo– realiza un homenaje oficial en el Hotel Inglés de Madrid al que asiste el autor. Gabriel Miró lee entonces unas cuartillas en las que se advierte una *apología del paisaje*, como ha señalado Vicente Ramos (1979: p. 108 y ss.), y en donde se refleja la tesis mironiana de su visión de la vida: la unidad existente entre ética y estética, que se trasluce en toda su obra y que Ramos llama oportunamente *sigüencismo*. Miró, presentándose como

un escritor provinciano que está muy agradecido por haber sido premiado en la gran urbe, anuncia que su vocación se encuentra en su “rincón provinciano”, junto al paisaje que forma parte de su vida, tras mencionar al poeta murciano Vicente Medina como ejemplo de hombre y artista que ha sabido identificar ética y estética en su obra, pese a los obstáculos que ha encontrado en su vida:

“Se aparta en estos momentos a tierras remotas Vicente Medina, un hombre bueno y artista admirable. Si en su alma, las cuerdas del poeta no sonasen al sentir, heridas y vibrantes, las cuerdas de la grande y fuerte lira del hombre, se habría ahogado en hiel este elegido al despedirse de las doncellas huertanas, de los viejos que tienen cansera, de las sendas de las barracas, en cuyo hastial se tuerce una cruz...

Yo me vuelvo a mi rincón provinciano. Vosotros, como escribe Séneca de los bienhechores, os olvidaréis, hidalgos magnánimos, del beneficio hecho al amigo humilde; pero yo, imitando vuestra nobleza, lo recordaré siempre enlazado a los nombres ilustres de mis jueces; lo recordaré con gozo de agradecido franco y hermano”. (V. Ramos 1979: p. 111).

Por estas mismas fechas, Gabriel Miró comienza su amistad con el poeta modernista Salvador Rueda, cuya obra admiraba. Rueda buscaba por entonces un lugar de la costa levantina donde establecerse y visitó Murcia y su costa, se relacionó con los escritores murcianos y publicó numerosos trabajos en la prensa de Murcia, como ha estudiado el profesor Brian J. Dendle¹¹. Miró invitó a Salvador Rueda a visitar Alicante donde se le rindió un homenaje público, siendo nombrado luego Hijo Adoptivo de la Ciudad de Alicante. Entre otras excursiones que realizaron juntos por tierras alicantinas, el poeta viajó con Miró y Oscar Esplá a la isla de Tabarca, y con los hermanos Miró visitó Alcoy (V. Ramos 1979: pp. 131-142).

De la amistad que surgió entre Miró y Rueda es producto la publicación de un artículo de Gabriel Miró en una revista anual murciana que editaba el dueño del mismo establecimiento comercial que daba nombre a la revista: *El Bazar Murciano*. Todos los años, durante la Feria de septiembre de Murcia, y desde 1892 a 1929, se publicó este periódico en el que han colaborado muy diversos autores de ámbito regional y nacional. En septiembre de 1908, en su número 15 (pp. 2-3), apareció el artículo de Miró titulado “De los juguetes del Bazar Murciano”, al que precedía otro artículo de presentación de Salvador Rueda en el que se dirige a los niños para hablarles de la bondad del autor alicantino: “El nuevo colaborador”¹². El breve artí-

¹¹ Brian J. Dendle (1993): “Presencia de Salvador Rueda en la prensa de Murcia: aportación bibliográfica”, en *Literatura de Levante*, Fundación Cultural CAM, Alicante, pp. 51-72.

¹² Erróneamente, Vicente Ramos señala en su bibliografía que fue publicado el mes de octubre de 1908 (cfr. V. Ramos (1970: p. 470) y (1979: p. 374)).

culo mironiano presenta a los principales clientes de la tienda del Sr. Blázquez, los niños, admirando ilusionados la variedad de juguetes del comercio, a cuyos sueños dice sumarse el propio autor que “*quiere ser siempre chiquillo*”.

En septiembre de 1908, después de cuidar la impresión de su nueva obra, *La novela de mi amigo*, Miró marcha a la finca familiar de ‘Villa María’, en Alcoy, para descansar una temporada. Allí había escrito el artículo “Paisaje”, en el que describe “*el paisaje magno, rudo y fragoso de Alcoy*”, el paisaje paterno¹³. Allí escribirá también el artículo “Al paisaje murciano”, el paisaje materno, tan opuesto en su feracidad y sensualidad al de las montañas alcoyanas. El artículo se publicó por primera vez en *El Liberal* de Murcia el 8 de septiembre de 1908¹⁴.

“Al paisaje murciano” es una bella evocación paisajística de la huerta murciana en donde podemos hallar los procedimientos típicos que Miró utiliza en sus descripciones de la naturaleza: personificaciones, adjetivación abundante, corporeización de elementos abstractos, sensualidad en colores, sonidos, aromas... En toda la descripción late la vibración de quien, además de ser un excelente captador del alma de cualquier paisaje, ha conocido de cerca la vida del paisaje de la huerta. Comienza la descripción con una referencia general a “*la llanura verde*” que compone la vega murciana, sus sembrados, los chopos, las “*aguas bulliciosas de acequias y brazales y zubias*”, las “*aguas pandas, tranquilas, reflexivas de albercas y remansos*” –el agua mironiana siempre–, el cielo luminoso... Las barracas que salpican la huerta, los animales, la vegetación –las moreras, las “*celosías de cañas*”– y “*un río ancho y viejo, de márgenes rollizas*” que “*pasa torciéndose por los tendidos campos, tan sumisos a la contemplación*”. Y en la lejanía la “*noble ciudad*”, “*bello abrazo de la piedra joven y arcaica*”, sus huertos monásticos, las campanas que dejan caer su “*vibración ancha y fuerte sobre las plazuelas y calles de algazara, sobre las plazuelas y callejas retraídas*”. La mañana en la huerta de Murcia, la tarde y, sobre, todo, la fragante noche –“*los naranjos escarchados de flor derraman su perfume que hace fingir delicias*”– que convierte al paisaje murciano en “*virgen desfallecida de amor que espera al esposo como la amada del Cantar de los cantares*”, en “*paisaje novia*”.

¹³ Vicente Ramos señala dos fechas distintas de publicación de este artículo “Paisaje”: 27 de mayo de 1908 en *Los Lunes del Imparcial* y 29 de mayo de 1908 en el *Diario de Alicante* (cfr. V. Ramos (1979): p. 141); y 27 y 29 pero de julio de 1908, respectivamente, en ambos diarios (cfr. idem, p. 374).

¹⁴ Vicente Ramos (1970: p. 470; y 1979: p. 374) cita como fecha de publicación sólo la del *Diario de Alicante* el 9 de septiembre de 1908 y, por error, señala que también apareció en el mencionado periódico de *El Bazar Murciano* en septiembre de 1908. F.J. Díez de Revenga (que comenta dicho artículo en “Tres textos olvidados de Gabriel Miró con Murcia al fondo (1908)” *Montearabí*, 33, Yecla, 2001) también señala como única fecha de publicación la del 9 de septiembre de 1908 en el *Diario de Alicante*. Juan Guerrero Ruiz lo reprodujo, en edición privada (Archivos literarios de J.G.R., Madrid, 1951), como homenaje a Clemencia Miró, a la que dedica estas palabras en el ejemplar conservado en el Archivo Municipal de Murcia: “La hija de aquel hombre inolvidable, cuyo gran espíritu resplandece en ella enriquecido con dones propios de poesía y belleza”.

De 1909 es la novela *Amores de Antón Hernando*, reelaborada en 1922 con el título de *Niño y grande*, historia del amor adolescente de Antón por la hermana de un compañero de estudios que fue para él durante toda la vida “*el ideal de pureza de amor niño y grande*”. Con las prevenciones lógicas que hay que tener a la hora de hablar de los aspectos biográficos del autor que puede haber en sus obras –“*En todo está el escritor, pero está de otra manera*”, escribe H. Carpintero (p. 143)–, especialmente en la parte I de esta novela, “La hermana de Bellver”, que cuenta la infancia de Antón y sus antecedentes familiares, nos encontramos con varias alusiones a Murcia y su huerta: así, Antón descende de murcianos –su abuela, que fue arrastrada por una riada del Segura, y su madre– y la primera etapa de su vida que ha transcurrido en la vega murciana, deja hondos recuerdos de su paisaje en el personaje, que lo evoca a lo largo de la novela en varias ocasiones. M^a Dulce Sánchez-Blanco señaló en un breve trabajo los diversos momentos de la obra que se relacionan con Murcia y su entorno¹⁵.

A mediados de julio de 1913, según Vicente Ramos (1979: p.191), fallece en Murcia el tío de Miró don José Ferrer Ons, y del 1 al 11 de septiembre de ese año encontramos a la familia Miró en una nueva y breve estancia vacacional en Cabo de Palos.

Ya en 1921, con la publicación de *Nuestro Padre San Daniel* y también en su continuación de 1926 en *El obispo leproso*, podemos hablar otra vez de una nueva presencia de Murcia en las obras de Miró, ya que al transcurrir la historia de la obra en tierras olezanas, lo que es lo mismo que decir oriolanas, son normales las alusiones a temas, personajes o sucesos murcianos. La relación entre Orihuela y Murcia, como es sabido, siempre ha sido muy estrecha tanto en la Historia –Orihuela perteneció al Reino de Murcia en la antigüedad–, como en la economía –ambas ciudades se hallan en la huerta del Segura a escasos veinte kilómetros de distancia– y en usos y costumbres. Miró niño, como también es suficientemente conocido, fue estudiante en el Colegio de Santo Domingo de los Jesuitas de Orihuela (desde 1887 a 1889), cuyas vivencias allí experimentadas se ven reflejadas en diversas páginas de las obras del escritor alicantino. Pero sobre la presencia de Murcia en las novelas de Oleza volveremos más adelante.

En enero de 1923 Gabriel Miró comienza a colaborar con sus artículos en el diario *La Nación* de Buenos Aires, en cuyas páginas se publican por primera vez los pasajes titulados “El cerdo” (19 de agosto de 1923) y “El cantarero y la fuente” (3 de agosto de 1924) que en 1928 se incluirían en su libro *Años y leguas*. La relación que Miró mantuvo durante los años veinte con los escritores del grupo murciano de

¹⁵ M^a Dulce Sánchez-Blanco (1979): “Usos, costumbres y paisaje murcianos en *Niño y grande* de Gabriel Miró”, en *Monteagudo* n^o 65, Universidad de Murcia, Murcia, pp. 43-46.

1920-1936 –que estaba constituido por Juan Guerrero Ruiz, José Ballester, Andrés Cegarra, Antonio Oliver, etc.– sin duda que fue el motivo para que el prosista alicantino se sumara como colaborador de una de las publicaciones literarias que dicho grupo editaba en Murcia por entonces: nos referimos al *Suplemento Literario* de *La Verdad*, que publicó los anteriormente mencionados artículos de “El cerdo” –que se tituló “Perfección” en *Años y leguas*– y “El cantarero y la fuente” en sus números 9 (9 de marzo de 1924) y 51 (15 de febrero de 1925), respectivamente. Con toda probabilidad, Miró seleccionó estos dos pasajes para que fueran publicados en el *Suplemento Literario* por las alusiones que encierran, más o menos veladas, a Murcia y a su huerta: así, la escena de la matanza del cerdo –de raza murciana, por cierto– en el primer texto (O.C. p.1074-1075), o la descripción de enseres típicos de la barraca huertana –el cantarero, los platos decorados con orlas azules, las plateras y lebrillos, etc.– en el segundo (O.C. 1121-1123).

La amistad de Miró con Juan Guerrero Ruiz parece que data de 1912, fecha de las primeras cartas que el murciano recibió de Miró (Cfr. F.J. Díez de Revenga (1983): p. 73 y ss.), hasta 1929, pocos meses antes de la muerte del escritor alicantino. En una de estas cartas, de 1925, Miró agradece a Guerrero su felicitación por el nacimiento de su primer nieto, Emilio (cfr. H. Carpintero (1983): p. 329; y V. Ramos (1979): p. 324); en otras, que recogen los *Escritos literarios de Juan Guerrero Ruiz* publicados por el profesor F.J. Díez de Revenga, Miró agradece a Andrés Sobejano la crítica que realizara a *El obispo leproso* en la revista *Verso y Prosa* (nº 2, febrero de 1927; la carta está fechada en ese mismo mes y año), o cuenta su deseo de viajar a Murcia, tantas veces incumplido, para presenciar la procesión de los salzillos, a la vez que agradece unas fotos que le enviara Guerrero por correo (carta del 6 de mayo de 1927)¹⁶.

De nuevo nos informa Vicente Ramos (1979: p. 325) que en septiembre de 1925 Miró, esta vez acompañado por su hija Clemencia, pasó unos días en la casa de sus tíos en Cabo de Palos. El 1 de febrero del año siguiente, 1926, Jorge Guillén llega a Murcia como catedrático de su Universidad y pronto se pone en contacto con Miró anunciándole su deseo de visitar la Marina alta alicantina, las tierras de Sigüenza por excelencia, deseo que ve cumplido a mediados de ese mismo mes. Con Guillén, las publicaciones periódicas murcianas relacionadas con la literatura conseguirán un nuevo impulso, y con su estancia en Murcia se contó con un nuevo e ilustre admirador de la obra de Miró entre el grupo murciano de escritores.

¹⁶ Como podemos leer en algunas páginas del libro de Jorge Guillén *En torno a Gabriel Miró. Breve epistolario* –Ediciones de Arte y Bibliofilia, Madrid, 1970– Gabriel Miró visitó en varias ocasiones Murcia y presenció sus procesiones pasionales; algunos de sus rasgos característicos pudieron servir de base a Miró para la descripción de la procesión de Viernes Santo que aparece en su novela *El obispo leproso* (O.C. p. 973). Cfr. también “Versos y días levantinos de Jorge Guillén” de F.J. Díez de Revenga en *Páginas de literatura murciana contemporánea*, Real Academia Alfonso X el sabio, Murcia, 1997 (pp. 73-108).

Juan Guerrero, “el amigo de los poetas”, visitó a Miró en Polop de la Marina en septiembre de 1928, con quien subió a conocer el “huerto de cruces”, el cementerio de Polop¹⁷. En la correspondencia entre Juan Guerrero y José Ballester podemos comprobar el seguimiento que estos escritores murcianos hacían de la vida de Miró en sus últimos momentos. Guerrero escribe el 27 de mayo de 1930 a Ballester: *“Tengo hoy la pena y el disgusto de que Gabriel Miró se nos muere. Después de 25 días de un violento ataque de apendicitis, ayer fue preciso operarle para colocar unos tubos de drenaje, pero a pesar de ello sigue gravísimo, y esta mañana recibió el Viático. Parece que ya los médicos desconfían de salvarle. Ahora vengo de su casa, y duele ver a su pobre madre, octogenaria, llorando por el hijo que pierde, tan bueno”*. En otra carta, fechada el 28 de mayo de 1930, Guerrero comunica la muerte de Miró a su amigo Ballester, y le confiesa que en dos ocasiones que se acercó no fue capaz de subir al piso del fallecido, y añade: *“La tarde de Viernes Santo fue la última que estuve con él; era éste un día para Miró como si fuera el de su santo o algo así. Tengo cartas tuyas en que alude reiteradamente a la emoción litúrgica que le producían estos días. (...) ABC y El Sol traen artículos dignos sobre él. Murcia está presente en la obra de Gabriel Miró, y él la tenía por hermana de la tierra suya. Se podría hacer un trabajo sobre sus referencias a cosas y paisajes murcianos. Tú podrías intentarlo. Yo, haría algo sobre mi visita a Polop, en el verano de 1928, cuando le hice aquellas magníficas fotografías del huerto de cruces”*¹⁸.

Como muestran todos estos datos, la cercanía de Gabriel Miró a Murcia es significativa y, como hemos leído en un murciano que le conoció bien, Gabriel Miró tenía a Murcia “por hermana de la tierra suya”, un hecho que también se puede comprobar en la presencia de Murcia en algunas obras mironianas, que a continuación revisaremos.

2. MURCIA EN LA OBRA DE GABRIEL MIRÓ

A lo largo del apartado anterior hemos aludido a la presencia de Murcia en algunas obras de Gabriel Miró, reflejo que se hace inevitable en una persona que en su infancia se dejó marcar por el paisaje de la vega del Segura y que siempre tuvo cerca a una persona que, aunque nacida en Orihuela, descendía de murcianos y al resto de la familia materna que vivió o de una u otra forma, como hemos señalado, se relacionó con Murcia. Sean estas líneas un breve acercamiento a la presencia de Murcia en la obra de Miró.

¹⁷ Estos recuerdos los recoge Juan Guerrero en “Con Gabriel Miró en Polop (1928), *Octubre*, Polop, 12 de junio 1937. V. Ramos lo comenta en su libro de 1979, p. 353.

¹⁸ Los textos están tomados de la edición de José A. Torregrosa (1986): *Juan Guerrero Ruiz. Vida literaria y epistolario inédito*, Academia ‘Alfonso X el sabio’, Murcia, pp. 125 a 128. El libro incluye algunas de las fotografías realizadas por Guerrero a Miró en Polop.

En primer lugar hemos de apuntar que, mientras que el autor suele ocultar tras un nombre inventado las localidades que son protagonistas de sus novelas –Serosca se relaciona con Alcoy, Oleza con Orihuela, Boraida con Adzaneta, Castroviejo con Alicante, etc.–, en ellas suele aparecer el nombre de Murcia directamente, sin encubrimientos¹⁹. El dato, aunque no tiene mayor trascendencia en la obra de Miró, nos está indicando que Murcia nunca está en un primer plano en sus novelas, por lo que hemos de hablar siempre de meras referencias a Murcia y su entorno en nuestro comentario.

Como ya se adelantó, *Niño y grande* (1909 y 1922) es una novela en la que, por incluir ciertas referencias que pueden tomarse como autobiográficas del autor, se advierten alusiones a Murcia. M^a Dulce Sánchez-Blanco (1979) recogió en un breve trabajo las citas de la novela que pueden referirse a Murcia y a sus costumbres: así, el padre de Antón, que procedía de La Mancha, llega a la comarca de Murcia y allí conoce a la que sería madre de Antón (O.C. p. 433); la historia de la abuela de Antón, que murió en una riada del Segura, comentada anteriormente (O.C. p. 433); la casa en la que crece Antón, en medio de la huerta, bien podía corresponder a algunos recuerdos infantiles de la mencionada finca de Los Cobos; la vegetación, las construcciones típicas –barracas–, los alimentos que se nombran –mazorcas, pimientos–, y hasta el vestuario de algunos personajes de la parte I de la obra son típicos de la huerta murciana. La mención a la Vega de Murcia, al río, a algunos dulces típicos como nuégados y pestiños, a la costumbre de la crianza del gusano de seda, etc., es directa en otras páginas de la obra (O.C. pp. 447, 435, 437...). En aquello que Antón Hernando tiene de común con Gabriel Miró, pese a las lógicas transformaciones poéticas a que se somete la realidad en la literatura, podemos concluir, pues, que debieron contar los recuerdos de su etapa infantil vivida en las huertas oriolanas que lindan con Murcia, recuerdos que, como en Antón, en Miró permanecen gratamente evocados durante toda su existencia.

También en las estampas de *El ángel, el molino, el caracol del faro* (1921) es posible advertir referencias veladas a las tierras murcianas. La primera de las “Estampas rurales” con las que comienza el libro, la titulada “El molino” parece describir uno de los muchos molinos de ocho velas que estaban en plena actividad en las primeras décadas del siglo XX en el Campo de Cartagena y que Miró conoció en sus repetidos viajes a Cabo de Palos. Asensio Sáez, que ha escrito sobre ellos clamando por que no se pierdan del todo estos tradicionales *personajes* del campo cartagenero, cita en un artículo²⁰ el comienzo de la

¹⁹ Cfr. el trabajo de Gregorio Torres Nebrera (1993): “Badaleste, Boraida, Serosca, Oleza... Espacios interrelacionados en G. Miró” en *La novelística de Gabriel Miró. Nuevas perspectivas*, Instituto de Cultura ‘Juan Gil-Albert’, Alicante, pp. 67-101.

²⁰ Asensio Sáez (1970), “Paisaje del Mar Menor. Molinos de viento”, en *Idealidad*, Alicante; recogido también en su libro (1979): *Parte de Murcia*, Academia ‘Alfonso X el sabio’, Murcia, pp. 135-138.

bella estampa mironiana: *“La mañana es más clara y gozosa en torno del molino. Ruedan las velas hinchidas, exhalando una corona de luz como la que tienen los santos (...). Y al rodar, parece que se alzarán juntas todas las palomas de la comarca”*. Pero, especialmente, se reflejan sus estancias en Cabo de Palos en las “Estampas del faro”, estampas que rememoran historias oídas a pescadores o imaginadas ante la contemplación del Mediterráneo, y que describen un paisaje querido por toda la familia Miró. En “La aparición” se nombran los dos faros distantes seis millas entre sí que corresponden al de Cabo de Palos y el de las Islas Hormigas –al que confunde el narrador con “una estrella roja” que está muy baja–, y en esta estampa comienzan a apuntarse los primeros datos de la historia del naufragio del buque “Sirio”, llamado por Miró el “Sicilia”. El hijo del torrero, conocemos en la segunda estampa, “La playa”, recibió el mismo nombre del narrador, Gabriel. El narrador desea que le lleven a la isla del faro de luz roja. Con el viejo torrero baja a la playa: *“Peñas de herrumbre, con cicatrices de Pechinas; matas duras, afiladas de dedos que dan un zumo de sabor de petróleo; cantizal y arena. (...) Campo de higueras; tierras rojas segadas; montes mineros, llagados por el escorial de la galena; montes de un perfil árido y exacto. En la lejanía, las montañas azules de los paisajes frescos”* (O.C. p. 771). En la playa, cerca de un antiguo torreón abandonado de vigilancia costera, se halla el enterramiento de las víctimas del naufragio de aquel barco. En la mente del narrador, especialmente en la estampa “El ‘Sicilia’”, se va reconstruyendo la tragedia del buque, oída por el autor a los pescadores de Cabo de Palos. Por último, en “El caracol del faro”, el narrador conoce la tragedia que sacudió al viejo torrero y a su esposa, con la muerte de su hijo Gabriel que gustaba soplar a través de unas grandes caracolas marinas para avisar a los barcos que pasaban cerca del faro. El cielo de la costa murciana aparece descrito en su nitidez de la siguiente manera: *“Me rodeó zumbando el silencio y la vibración del día, un día de una transparencia alucinadora. Los confines de montañas tiernas, los campos de higueras, la labranza, los cerros de las minas, los casales, se habían acercado desnudos y puros, espejando su reposo en la calma del mar, como si prolongasen sus sombras azules. (...) Sin querer encogí los pasos, los únicos pasos en toda la mañana, y toda la mañana iba mirándome como si la pisara en toda su quietud sensitiva. Tuvieron la culpa los ojos, los ojos que se abrían con una lucidez tan ávida, tan aguda, tan discriminatoria que palpaban ópticamente el tono elemental, el latido plástico de cada cosa. Los horizontes tan tremendos de luz, tan nuevos y magníficos, llegaban a ceñirme la mirada como una venda”* (O.C. pp.775-776). No hay mejor ejemplo, creemos, para reconocer aquella “mirada táctil” de la que hablaba el profesor Baquero Goyanes (1956: p. 197) al referirse a Miró.

En las dos novelas de Oleza, *Nuestro Padre San Daniel* (1921) y *El obispo leproso* (1926), volvemos a encontrar referencias directas a Murcia²¹, en donde se refleja la estrecha relación que mantenían –y mantienen hoy también– las ciudades de Orihuela y Murcia. En la primera de las novelas leemos el nombre de Murcia en algunas ocasiones, pero son significativas las del capítulo IV.1., “Epitalámica” (O.C. p. 852), en la que se menciona que, para realizar su viaje de novios a Valencia don Alvaro y Paulina recién casados, “*acabado el desayuno marcharían los novios en su galera a Murcia. De aquí, en tren, a Valencia (...)*”; y más adelante (capítulo IV.8., “La riada”, O.C. p. 890), cuando se describen los efectos de una de las grandes riadas del Segura –el Segral de Miró–, donde el alguacil por las calles “*iba contando con tonadas cortas las varas de crecida que traía el Segral (...). Todo Oleza era suyo; la ciudad semejaba encogerse para que el buen hombre de botas gigantes y ferradas las hollase pronto, dejándole el bando de la crecida: ‘A las dos: cinco varas en Almotaceña; cinco en Los Rubios; cinco y media en Benferri; seis en Murcia...’*”.

En *El obispo leproso* es más frecuente aún leer el nombre de Murcia, ya que uno de sus personajes protagonistas, María Fulgencia, es murciana. Así, conocemos que el Colegio de Jesús, de Oleza, es frecuentado por alumnos procedentes de Murcia²², cosa común por la cercanía de Murcia a Oleza, que no llama la atención de unos visitantes del colegio a los que se advierte del renombre del mismo recitándoles la lista de ciudades de las que proceden los alumnos del centro: “*provincias de Alicante, Murcia, Albacete, Ciudad Real, Almería, Cáceres, Badajoz, Cuenca, Madrid... Los dos forasteros, que ya lo sabían, principiaron a pasmarse desde Ciudad Real hasta Madrid, exhalando un ‘¡Aaah!’ que remataba menudito y fino*” (O.C. p. 921). Por otro lado, la señorita María Fulgencia Valcárcel, de la alta sociedad regional, típicamente murciana, es hija de don Trinitario Valcárcel y Montesinos –de “*una de las familias más eminentes de Murcia por su rango y hacienda y por los títulos y méritos con que la ilustraron los dos linajes...*” (O.C. p. 930)– de quien se relata la historia de sus ‘dos muertes’: en la primera de ellas, “*iban los cleros de todas las parroquias de Murcia (...). Llevaban el ataúd seis jornaleros de las haciendas de los Valcárcel, con sus duros trajes de paño, trajes de boda, que guardan para su mortaja y se los ponen también para el luto de los amos. Entre resposos y el desfile del pésame, cerró la noche. Quedó el cadáver en la grada de la capilla del cementerio, velándole sus labradores (...)* Pasó el tiempo.

²¹ Martín Perea recogió en un artículo los textos más representativos de *El obispo leproso* en que se cita a Murcia, además de aludir también a algunos episodios de *Niño y grande* (cfr. (1972): “Murcia en la prosa de Gabriel Miró”, en Cuadernos Murcianos nº 17, pp. 221-224).

²² En conversación con el profesor don Manuel Ruiz-Funes pudimos conocer que el famoso ‘Señor Cuenca’ del relato mironiano “El Señor Cuenca y su sucesor” (de *El Libro de Sigüenza*, 1917), existió en realidad y que procedía de la murciana localidad de Cehegín.

Las moscas chupaban en los ojos, en las orejas, en la nariz, en las uñas de don Trinitario, y de súbito zumbaron en un revuelo de huida. El cadáver había movido los párpados. Descruzó las manos, descansó los codos en los bordes del ataúd como en un cojín, fue incorporándose y se sentó. Debió de ser en la vida y en la muerte socarrón y flemático” (O.C. p. 929). Tiempo después, don Trinitario murió “definitivamente”, escribe Miró con su prodigiosa ironía.

María Fulgencia es descrita con los adjetivos de “alta, delgada, pálida; la boca, muy encendida; las trenzas, muy largas, muy negras” (p. 931). Queda huérfana de madre también y el señor deán, amigo de la familia, se encarga de ella. Los primos de la joven llegan a Murcia –Mauricio, uno de ellos, “siempre sonreía mirando a Murcia; porque no miraba un edificio, una calle, una torre, sino toda la ciudad con una sola mirada” (p. 932)– y cuando se marchan de nuevo, María Fulgencia entristece y enferma; el deán se resiste a creer que es tifus: “¿Tifus? Pero bueno, el tifus lo tiene todo el mundo en Murcia; está siempre debajo de Murcia, a dos jemes de profundidad” (p. 933). Más adelante recibe noticias de que la chica, de carácter dulce y muy imaginativa, se ha enamorado del Ángel de Salzillo, talla que quiere comprar vendiendo todas sus propiedades. El beneficiado que informa al deán por carta desde Murcia y describe la talla del imaginero murciano, menciona que en el paso de Salzillo hay una palmera y no un olivo, lo que da lugar al propio Miró para apuntar a pie de página que se trata de un error del deán; en realidad, tanto la palmera como el olivo son dos elementos ajenos a la talla, que se sitúan junto a ella temporalmente en las procesiones de Semana Santa, como ha advertido C. Ruiz Silva en su edición de la obra (1984: p. 135, nota 46)²³. Este nuevo fracaso amoroso de María Fulgencia trata de ser atenuado por el beneficiado con estas palabras: “A usted le queda un consuelo de ilusión: llamarse María Fulgencia como la hija de Salzillo” (p. 936). Trasladada a Oleza para vivir con las monjas en el convento de la Visitación, María Fulgencia se cruza en la calle con el joven hijo de Paulina y don Álvaro, Pablo Galindo, en quien dice ver encarnado a su Ángel de Salzillo (p. 937). En páginas posteriores, con María Fulgencia como protagonista de ellas, el nombre de Murcia surgirá de nuevo repetidas veces (pp. 1017, 1035, 1037, 1052,...), pero es tras la carta que, ya desde Murcia, la joven envía a Paulina explicándole las relaciones que mantuvo con su hijo Pablo, donde encontramos una bella descripción de la fragante huerta de la Vega del Segura que

²³ José Muñoz Garrigós (1983: “La opinión de Ramón Sijé sobre Francisco Salzillo. Notas de asalto a dos estéticas levantinas”, *Montegaudio* n° 83, Universidad de Murcia, p. 7) comenta también esta circunstancia en la novela de Miró, lo que le hace pensar que el prosista alicantino no llegó a presenciar nunca la procesión del Viernes Santo murciano. En ella aparecen tanto un olivo como una palmera; en la exposición de la talla en el Museo, sólo un olivo. En su trabajo, Muñoz Garrigós subraya la “casi identidad de ideales estéticos (no en balde ambos se inspiraron en el mismo entorno ambiental)” de Miró y Salzillo, aludiendo repetidamente al prosista alicantino y a su obra.

une a dos ciudades, Orihuela y Murcia, ahora también unidas por el tren. En la carta, María Fulgencia se muestra desengañada y ha perdido ya su ilusión por la vida que la parte oscura de la sociedad olezana le ha destruido —“*Si es que allí no se quiere nadie!*” (p. 1052)—:

“Ya no voy a ver el Ángel. Ahora todos los días me asomo a mi terrado para mirar el tren de Oleza, el que sale de Murcia a Oleza. Tan lejos se quedó mi Oleza, que ya tiene tren, y con las mulas de mi labranza y un faetón de mis abuelos fui desde este casón a la felicidad. Si su hijo también subiese a la ventanita más alta para ver el otro tren, el que viene a Murcia, no se enfade usted ni me aborrezca. Ya no pasará nada. Sí, lo juro, porque ahora ni su hijo podría volverme a la felicidad de antes”.

Buena sonaja de los molinos; olor de harinas y salvados, olor de almazaras, olor de higueras, de naranjos, de maíces y cañamos; los bancales de cañamos donde pudo guarecerse toda la facción de Lozano en los tiempos heroicos. Llegaba de la vega el aliento del Segral, allí río crecido, del todo agrícola y caminante.

Casas de hacenderías. Casalicio de los señores. Porches y pilares con cuelgas de mazorcas. Estufas de capullos de la seda. Cañizos de almijar. En los zafariches se enjugaban los trigos, las ñoras, las cebadas. Al sol de las eras secaban sus meollos los calabazones de odre, las calabacillas bocaes, las calabazas rotundas de cortezas de callo. (...) Calma de los insignes olivares. Sembradío, almendros y viñar que suben los oteros y bajan los barrancos, y en las lindes, los setos de granados agrios, de aromos con su leña de púas y sus cabezuelas de pelusa fragante; las pitas, con sus espados dentellados y sus candelabros de tortas en flor; las chumberas, retorciendo sus codos de rebanadas verdes que dan en el borde los erizos de los higos. (capt. VII.3, pp. 1053-1054)

Por último, mencionaremos de nuevo los textos de *Años y leguas* (1928) de “El cerdo” o “Perfección”, y “El cantarero y la fuente”, en los que es posible hallar referencias a las costumbres de la huerta del Segura. En el primero de ellos, en donde Sigüenza contempla un cerdo descansar a la sombra en la plenitud de su gordura, podemos leer: “*La carne, la enjundia, el tocino, los quebrantos, todo en su cerdo ha de ser muy gustoso, porque además de su legítima mantención, le viene de raza. Es de raza murciana: la mejor, y costosa de engordar. El cerdo murciano crece apretándose; no como el americano, que se hincha y se engrasa pronto y flojo*” (p. 1075). Mientras que en el segundo de los textos el objeto de atención son los recipientes huertanos que sirven para guardar el agua fresca y pura:

“¿No es esa misma agua la del cantarero de las casas levantinas? (...) Un poyo de yeso y de manises, o de madera de pino y chopo siempre

recién fregada. Arriba la leja donde están los tazones redondos con un pocil encima, los vasos tallados, con geranios, albahacas y mirtos, las copas con un clavel, con una biznaga de jazmines que llevó la hija de la casa entre sus dedos o entre su pecho, y se le ha quedado el olor de virgen que hace pensar en la muerte. Cuelgan del muro los platos de Valencia y Murcia, de orlas azules, y, en medio, un pájaro, un pez, un ciervo, un pomo de flores o de frutas, un pescador, un cazador, todo balbuciente, como pintura de niño rural de esta comarca. Plateras y lebrillos, con sus bordes de rizo de una cerámica de ágatas; picheles de reflejos de lumbres antiguas; lo mejor de la loza y del vidrio que trajo la mujer el día de la boda. Y en los ruedos de los poyos, o encima de la piedra, de pie, se levantan los cántaros, de un blancor rubio y tierno, de caderas finas y húmedas, y las asas como unos hombros y codos redondos que parecen de pasta de candeal. Siempre llenos. Se les siente siempre llenos, cerrados con limones grandes, olorosos. Pero hay, por lo menos, dos cántaros que tienen en su boca la magnolia de la jarra, el bernegal de labios ondulados como un follaje de arcilla dulce. También siempre llenas las jarras; con tapa de respiraderos, porque el agua ha de respirar y mirar para que no se duerma o se quede encantada; y el agua se siente a sí misma. En ella está todo el campo, el campo del pueblo, del que recibe su nombre; allí quietecito, en el cantarero. y aunque no tengamos sed, cogemos la jarra de las dos asas y bebemos despacio, mirándonos los ojos en el guardado corazón del agua. (p. 1122)

El vocabulario mironiano es de los más ricos y variado de la Literatura en castellano de todos los tiempos, como lo han destacado muchos críticos de Miró. Es nuestra intención ahora realizar una breve relación de términos propios de la región de Murcia, del dialecto murciano, que Gabriel Miró utiliza para enriquecer su caudal léxico, tan profuso ya de por sí, aprendido bien de sus familiares murcianos, bien de sus visitas a las tierras de Murcia, o en sus lecturas. Otros términos, con no ser de exclusivo uso en Murcia sí que son comunes en estas zonas que muchas veces han influido también en las comarcas de la Vega Baja del Segura, en donde se halla ubicada Orihuela. Sería el caso del uso del diminutivo acabado en “-ico”, que encontramos muy frecuentemente en la obra de Miró junto a otras terminaciones más alicantinas, y en el que se aprecia un matiz afectivo muy característico: panecicos –en *El hijo santo*, que aparece junto a ‘panecitos’–, dijecicos, gusanicos, instantico, insectico –en *Los pies y los zapatos de Enriqueta*–, perricas –en *El obispo leproso*–, etc.

Edmund L. King ha mencionado la palabra “leja”, propia del murciano, como definitoria de ese gusto mironiano por las palabras que oía nombrar en torno a él –“leja es mucho más de su propio idioma (siendo él levantino y algo murciano) que

vasar, *que pertenece a todos los que hablan castellano*²⁴—, por su preferencia por el arcaísmo y su tendencia a “rescatar la palabra de su estatus dialectal y enriquecer el léxico español”, de ahí que a menudo utilice la menos común en la lengua española.

De la novela *Niño y grande* podríamos señalar como de uso normal en Murcia las siguientes: rumbadora, foscura –de origen catalán pero arraigada en Murcia– manises (azulejos), telo (película o membrana), quijero (lado en declive de la acequia), o la expresión “hablar despacio”, por hablar en voz baja. En *Dentro del mercado* encontramos la palabra ‘sucó’. En las novelas de Oleza son más numerosos los términos: en *Nuestro Padre San Daniel* encontramos, por ejemplo, agoniarse, arcabón, azarbe, azud, barreño, cayada, galera (un carruaje de paseo), garba, gleba, legón, leñe, manises, mondar (o limpiar cauces de agua), ñora, alcorques, albañal, brazal...; y de *El obispo leproso* podemos apuntar estos otros términos: arrejuntar, cósiolo (tinaja o maceta)²⁵, chiular (silbar), descalfar (esparcir), gafarrón, amasador, bancal, cuaja, jarcia (perdonavidas), lebrillo, leja, menar (recoger la seda en la rueca), mortichuelo (parvulito muerto), murria (tristeza), ñora, pomo (ramillete de flores o frutos), regaño, senia (noria), socarrar (catalanismo del murciano), telo...

Sirvan estos ejemplos tan sólo como muestra del conocimiento del prosista alicantino de numerosas formas dialectales del murciano, uno de tantos caminos que la gran obra de Miró ofrece al investigador especializado, que nos ha interesado destacar para subrayar, una vez más, la cercanía de Gabriel Miró a Murcia.

3. LOS ESTUDIOS MIRONIANOS EN MURCIA

Podemos confeccionar una considerable lista de trabajos realizados en Murcia o por murcianos sobre la obra de Gabriel Miró, el narrador al que han leído y admirado tantos escritores y estudiosos de la literatura en Murcia. Deseamos que estas notas puedan servir tanto para recordar algunos de estos trabajos que han sido olvidados con el tiempo, como para destacar que el afecto que Miró demostró por Murcia tiene una muestra de reciprocidad en la atención que desde aquí se ha prestado a su obra y a su persona.

Los **artículos de prensa** que los autores murcianos han escrito sobre Miró son abundantes. Artículos, muchos de ellos, firmados por componentes del grupo murciano de 1920-1936, tan afín a Miró, como Raimundo de los Reyes, Andrés

²⁴ Edmund L. King escribe esto en su introducción a *El humo dormido*, Instituto de Cultura ‘Juan Gil-Albert’, Alicante, 1991, p. 22.

²⁵ Muchos de estos términos tienen su entrada en el *Vocabulario del dialecto murciano* de Justo García Soriano (1930).

Sobejano, Andrés Cegarra, Carmen Conde, José Rodríguez Cánovas, etc., muestra de la admiración y afecto que sentían por la obra y la persona de Miró, ya que varios aparecen uno o dos días después de conocerse la muerte del escritor en Madrid. Pero también podemos encontrar artículos periodísticos de murcianos dedicados a Miró de antes de 1920, como las críticas del escritor unionense Juan Pujol a las obras de Miró *La novela de mi amigo* (*Diario de Alicante*, 5 de octubre de 1908) y *Las cerezas del cementerio* (*El Heraldo de Madrid*, 17 de junio de 1911), o la del poeta murciano José Tolosa a *La novela de mi amigo* (*Diario de Alicante*, 15 de octubre de 1908). Después de 1936, el número de artículos sobre Miró en la prensa se multiplica con textos de Juan Guerrero, Baquero Goyanes, Carmen Conde, R. de los Reyes, María Martínez del Portal, Víctor Maicas, M. Muñoz Cortés, F. Alemán Sainz, etc.

En lo que atañe a **homenajes y estudios críticos** realizados en Murcia hemos de comenzar mencionando el temprano homenaje que la revista *Sudeste*, en su primer número de julio de 1930, dedica a Gabriel Miró que había fallecido muy recientemente. Un dibujo del escritor alicantino, realizado por Luis Garay, servía de portada a la revista, que incluía las colaboraciones de Carmen Conde, “Gabriel Miró. Sigüenza y la eternidad”, donde rememora poéticamente su primer encuentro con Miró, y de José Pérez Bojart, “Gabriel Miró”, que evoca su amistad sincera con el escritor y alguna anécdota que muestra la enorme bondad de Miró. En el número encontramos colaboraciones de otros componentes del grupo murciano, como Ballester, Rodríguez Cánovas, Oliver, Martínez-Corbalán, etc., que se unen con sus creaciones al homenaje.

A partir del 30 de septiembre de 1932 se realiza en la Universidad Popular de Cartagena, creada por Antonio Oliver y Carmen Conde, un homenaje a Miró en el que conferencian el oriolano Ramón Sijé y el cartagenero José Rodríguez Cánovas, el primero con el tema “Oleza, pasional natividad estética de Gabriel Miró” y el segundo, el 1 de octubre, con unos “Aspectos literarios de Gabriel Miró”, trabajo en el que realizaba, en primer lugar, un panorama general de la novela española del momento, para centrarse luego en los temas mironianos de la ‘luz mediterránea’, los ‘paisajes, días y gentes’ y ‘el tributo de Oleza’. El autor de la conferencia llegó a imprimirla en un folleto breve, cuyo contenido fue resumido en el diario *La Verdad* fechas después.

El 2 de octubre de 1932, Orihuela, por medio de sus jóvenes literatos con la colaboración de firmas de escritores murcianos, rinde un merecido homenaje a Miró en un número de la revista *El Clamor de la Verdad*, de claras resonancias olezanas. Junto a escritos de Ramón Sijé, el *Anti-Alba Longa*, motor del grupo de Orihuela y de Miguel Hernández, se incluyen textos de autores murcianos como una revisión de la personalidad, la obra y el estilo de Miró en “Orihuela, principio y término de Sigüenza”, por Raimundo de los Reyes; poemas de María Cegarra Salcedo; “El

cuerpo derruido”, prosas líricas de Antonio Oliver; y poemas de Carmen Conde bajo el título de “A Gabriel Miró, en su día de Oleza”. En las notas de adhesión al homenaje, se agradece al escultor murciano José Séiquer su colaboración en el homenaje con estas palabras: “A **José Séiquer**; escultor que modeló el busto nuestro de Gabriel: en la Glorieta de Oleza, magnífico Séiquer, bajo una palmera, su busto de Gabriel Miró domina y corona a Oleza. ¡Qué dicha la de Ud.: haber modelado el primer busto del poeta Miró!” (p. 3).

De 1933 es el libro de José Rodríguez Cánovas titulado *Jesús y Judas* (Imprenta H. Escarabajal, Cartagena), que consta de dos partes: una literaria, “Jesús de Nazareth”, a modo de ‘figura de la Pasión’ mironiana, y otra ensayística, “Judas de Kerioth”, en la que, entre otras cosas, se realiza una bella glosa del primer capítulo de las *Figuras de la Pasión del Señor*, el dedicado a Judas.

En 1936, la *Revista Hispánica Moderna*, con sede en Nueva York, incluye en su número 3 dedicado a Miró varios trabajos de autores murcianos. José Ballester escribe “La literatura de hoy”; Margarita de Mayo (Carmen Conde), en “Gabriel Miró. Vida y obra”, apunta con acierto claves estilísticas de la obra de Miró que luego han retomado otros críticos, como son el fragmentarismo de muchas de sus novelas, el ritmo lento de su prosa, la importancia del “yo” en sus narraciones que resultan por ello líricas, o su riqueza y variedad léxica; Antonio Oliver es autor del ya mencionado artículo “Naturaleza y poesía en la obra de Gabriel Miró”, en el que pone en relación el naufragio real del buque italiano “Sirio” ante las costas de Cabo de Palos con el del buque “Sicilia” del que habla Miró en sus “Estampas del faro”; y Juan Guerrero y Sidonia C. Rosembaum establecen una de las primeras y más completas bibliografías mironianas de aquel momento en “Gabriel Miró: bibliografía”.

Don Ángel Valbuena Prat es el autor, en 1937, de una *Historia de la Literatura española* (Ed. Gustavo Gili, Barcelona, con varias ediciones después) en la que estudia la importancia de la obra de Miró en el contexto de su época. En 1942, Juan Guerrero Ruiz vuelve a elaborar una “Bibliografía de Gabriel Miró”, esta vez con la colaboración de Clemencia Miró (en *Cuadernos de Literatura Contemporánea*, nº 5-6), a la que se suman “Unas cartas de Gabriel Miró (1912-1929)” en las que se ven reflejadas algunas características de la personalidad del escritor alicantino.

El especialista en narrativa que más ha estudiado la obra de Miró desde Murcia es, sin duda, el profesor don Mariano Baquero Goyanes cuyos trabajos críticos de gran personalidad y hondura han servido para promover en la Universidad de Murcia la investigación y análisis de la prosa mironiana en varios de sus alumnos. Sus primeros estudios de la obra de Miró datan de época temprana, la década de los años 50, recién llegado Baquero Goyanes a Murcia como catedrático de su Universidad desde Oviedo: año 1950. Ya en 1948 había tratado en su artículo

“Tiempo y *tempo* en la novela” (*Arbor* n° 33-34, sept-oct., Madrid) el tema del tiempo narrativo en varios autores modernos, con un especial énfasis al final a Proust y Miró. Cuatro años después, en 1952, lee la conferencia inaugural de apertura de curso en la “Real Sociedad Económica de Amigos del País” de Murcia, que tituló “La prosa neomodernista de Gabriel Miró”, un texto que posteriormente se incluyó en su libro *Prosistas españoles contemporáneos* (Rialp, Madrid, 1956). En él Baquero Goyanes da repaso a una serie de características de la prosa mironiana que lo asocian con el modernismo, especialmente en su tendencia a la integración en la literatura de rasgos de otras disciplinas artísticas como la pintura, la música o la escultura, en tanto que su obra destaca por cierto estatismo pictórico, la musicalidad de su lenguaje, la plasticidad de sus imágenes o la carga sensorial que desborda de sus descripciones. En 1956, Baquero Goyanes dedica un estudio a dos prosistas alicantinos para señalar sus puntos en común y sus diferencias estilísticas: “Azorín y Miró” (Publicaciones de la Universidad de Murcia, 1956), que posteriormente se incluyó en el libro de Baquero *Perspectivismo y contraste* (Gredos, Madrid, 1963). El contraste interesa, esta vez, más al profesor Baquero a la hora de contraponer a Azorín y Miró: Castilla frente a Levante, el campo frente a la ciudad, el tema del tiempo en ambos y, finalmente, algunos rasgos estilísticos como la adjetivación o el uso de diminutivos, son aspectos tratados muy certeramente en este trabajo.

En la década de los años 70 los estudios sobre Miró en Murcia son más numerosos, sobre todo en las fechas en que se celebra el centenario del nacimiento del escritor, 1979. En 1970 otra vez el profesor Baquero Goyanes se acerca a Miró con un Prólogo a *Años y leguas* que se publica en una edición de bolsillo muy popular entonces (Salvat, Biblioteca Básica, Madrid, 1970). En 1973, Baquero realiza un comentario a un fragmento de *Las cerezas del cementerio*, el conocido episodio de Félix entre los pastores, en donde el crítico advierte notas de tipo naturalista en la cruel escena en que un pastor lucha con un gran perro, que contrasta notablemente con la escena precedente que recuerda el pasaje cervantino del Quijote entre los cabreros. También de 1973 es el trabajo de Manuel Ruiz-Funes Fernández “Orihuela en Gabriel Miró”, incluido en el libro escrito por él y José Guillén García *Orihuela en Azorín, Miró y Miguel Hernández* (Instituto de Estudios Alicantinos, Alicante, 1973); en él se pasa revista a las referencias oriolanas que en la obra de Miró, especialmente en las novelas de Oleza, se encuentran. Huerta, ciudad y colegio jesuita, constituyentes básicos en la Orihuela de Miró que el profesor Ruiz-Funes se encarga de estudiar con muy avisadas apreciaciones estilísticas sobre la prosa de Miró. Mencionemos, asimismo, que la Tesis doctoral del profesor Ruiz-Funes versó sobre la obra de Gabriel Miró.

El año del centenario del nacimiento de Miró, 1979, se abre con el homenaje que la Universidad de Murcia rinde al prosista en la revista *Monteagudo* (n° 65,

Universidad de Murcia, 1979), en la que participan numerosos profesores: desde un artículo inicial de don Jorge Guillén que, pese a su avanzada edad, no quiso faltar al homenaje, a un artículo de Carmen Conde que había publicado en *Sudeste*, en 1930, pasando por nuevas aportaciones de Baquero Goyanes (“Actualidad de Gabriel Miró”), Vicente Ramos (“Permanencia de Gabriel Miró”), José Guillén (“Miró y la generación olecese de 1930”), Juan Barceló (con una magnífica evocación, ilustrada con fotografías, de un viaje de universitarios murcianos por la ruta de Sigüenza, en 1961), Manuel Ruiz-Funes (“Presencia de lo pequeño en Miró”), M^a Josefa Díez de Revenga (“El ángel, el molino, el caracol del faro”), M^o Carmen Hernández (“‘El Señor Cuenca’: técnicas realistas en Gabriel Miró”), M^a Dulce Sánchez-Blanco (“Usos, costumbres y paisaje murcianos en *Niño y grande* de G. Miró”), F. Javier Díez de Revenga (“Miró y la ciudad: una nueva perspectiva”), así como la reedición de dos artículos de Muñoz Cortés y Alemán Sainz sobre Miró, y diversos cuentos y poemas de otros autores. La Universidad de Murcia reflejaba así su admiración y afecto por Miró.

En ese mismo año, la Universidad de Alicante celebró también el centenario del nacimiento de Miró con la publicación de un *Homenaje a Gabriel Miró. Estudios de crítica literaria*, compilados por J.L. Román del Cerro (Publicaciones de la Caja de Ahorros Provincial, Alicante, 1979), en el que entre otros muchos especialistas mironianos encontramos a los profesores Baquero Goyanes, con su análisis de las características de la narrativa breve mironiana en “Los cuentos de Gabriel Miró” (trabajo incluido luego en *La novela lírica I*, Taurus, Madrid, 1983, ed. de Darío Villanueva), y a F. Javier Díez de Revenga, que destaca las relaciones literarias y amistosas de los componentes del grupo del 27 con el prosista alicantino en “Gabriel Miró y los poetas del 27”.

También el Instituto de Estudios Alicantinos, de la Diputación Provincial, realiza su homenaje a Miró con la publicación de un número especial de su *Revista del I.E.A.* (nº 27, 2^a época, mayo-agosto 1979, Alicante) en el que, entre otros muchos críticos, participan los murcianos Carmen Conde, con “Mis encuentros con Gabriel Miró” en donde narra cómo conoció al escritor al que admiró siempre, y F. Javier Díez de Revenga, con “Gabriel Miró y España a través de unos capítulos de su Historia” en donde, a partir de unos textos de *El Libro de Sigüenza*, demuestra que Miró debe ser incluido entre los autores españoles contemporáneos que muestran una preocupación en su obra por el tema de España. Por su parte, Gonzalo Sobejano, hijo de Andrés Sobejano y profesor en Columbia University, publicó en la revista *Prisma/Cabal* el trabajo “Totalidad cósmica e integración humana en *El ángel, el molino. el caracol del faro*” (nº 5, 1979, pp. 5-21).

El profesor Baquero Goyanes, al año siguiente, publica en *Monteagudo* (nº 71, Universidad de Murcia, 1980) su artículo “De Miró a Pérez de Ayala”, escritores novecentistas cuyas obras se caracterizan por el intimismo lírico, por el acercamien-

to que intentan con su literatura a otras formas artísticas como la música o la pintura o por la común utilización de un doble literario (Sigüenza y Alberto Díaz de Guzmán), con un compartido respeto por la tradición literaria española pese a ser dos grandes innovadores. En el mismo número homenaje a Pérez de Ayala de *Monteagudo*, escribe Ramón Jiménez Madrid –que en sus investigaciones sobre la narrativa murciana ha advertido siempre diversas influencias mironianas– su trabajo “Ayala y Miró” (nº 71, 1980) en el que establece paralelos entre ambos escritores: su educación jesuítica que les pone en contacto con los clásicos, el entusiasmo de ambos por la literatura del Siglo de Oro español, la presencia del elemento autobiográfico en sus obras, el sentido irónico y humorístico que se advierte en los dos, así como la riqueza de medios expresivos que ambos escritores ponen en práctica. Este especialista en la prosa del siglo XX redactó a finales de los años 60 como tesis doctoral un trabajo con el título de “El ritmo de pensamiento en la prosa de Gabriel Miró” que no llegó a presentar. De 1980 es también el artículo de Manuel Ruiz-Funes titulado “Visión artística de Oleza” (*Revista del I.E.A.*, nº 30), en el que se destacan los diversos componentes que aportan un especial “*halo casi mágico y estremecedor de belleza*” con que se recubre la ambientación histórica que sirve de base a las novelas de Oleza.

En 1982, F. Javier Díez de Revenga presenta una interesante revisión bibliográfica de los estudios mironianos realizados durante 1979, año de celebración del centenario del nacimiento de Miró: “Revisión y permanencia de Gabriel Miró” se tituló la conferencia que leyó el catedrático murciano y que fue publicada en el libro *Escritores alicantinos contemporáneos* (Universidad de Alicante-Ayuntamiento de Elche, 1982).

De 1983 es el trabajo de Carmen Escudero Martínez “Sobre *El abuelo del rey* de G. Miró” incluido en el *Homenaje a Roca Franquesa* que la Universidad de Oviedo publica en su revista *Archivuum*. Francisco J. Díez de Revenga valora en “Azorín, Miró y la novela lírica” (*Monteagudo*, nº 82, Murcia, 1983) la cercanía literaria y espiritual de Azorín y Miró en su comentario al libro *La novela lírica* editado por Darío Villanueva (Taurus, Madrid, 1983). En el homenaje que la revista *Monteagudo* dedicó al profesor Baquero Goyanes tras su muerte, en el verano de 1984, la profesora Carmen Escudero escribió un breve artículo en el que repasa las principales publicaciones en que Baquero abordaba la obra de Miró: “La literatura de Gabriel Miró a través de la crítica de M. Baquero” (nº 87, Universidad de Murcia, 1984). La misma profesora, junto a Carmen Hernández Valcárcel, lleva a cabo un sustancioso e inteligente estudio de la obra mironiana caracterizándola entre la llamada ‘novela lírica’, tipo de novela que a principios de este siglo adquiere gran relevancia en toda Europa. *La narrativa lírica de Azorín y Miró* se titula el libro (Publicaciones de la Caja de Ahorros de Alicante y Murcia, Alicante, 1986), en donde se aducen numerosos ejemplos de textos mironianos que subrayan la alte-

ración a que se ven sometidos los componentes narrativos en la novela lírica: tiempo, espacio, personajes, argumento y estructura...

Gabriel Miró, en sus relaciones epistolares con Juan Guerrero Ruiz, tiene su cabida en dos libros muy documentados dedicados al “Cónsul de la Poesía”: el de F. Javier Díez de Revenga, *Escritos literarios de Juan Guerrero Ruiz* (Academia ‘Alfonso X el sabio’, Murcia, 1983), que incluye correspondencia inédita de Miró a Guerrero, y el de José Antonio Torregrosa, *Juan Guerrero Ruiz. Vida literaria y epistolario inédito*, (Academia ‘Alfonso X el sabio’, Murcia, 1986), en donde encontramos abundantes referencias a Miró en su relación con los escritores murcianos. F. Javier Díez de Revenga será el autor también, en 1987, de un completo y ordenado volumen que recoge, comentada, la bibliografía crítica escrita acerca de los poetas de la generación del 27, que incluye diversas referencias a las relaciones de éstos con Miró: *Panorama crítico de la generación del 27* lleva por título el encomiable trabajo (Castalia, Madrid, 1987).

Manuel Ruiz-Funes es el autor de las ediciones críticas y las introducciones a las novelas de Oleza de Miró, publicadas en la prestigiosa editorial Cátedra. La edición de *Nuestro Padre San Daniel* (Cátedra, Madrid, 1988) está precedida por un intento de estructuración de toda la obra mironiana, un estudio de la significación de Miró en la literatura española de su tiempo y un análisis exhaustivo de la primera novela de Oleza: antecedentes, tema, estructura y técnicas, y el tratamiento del espacio y el tiempo narrativos. A ello se añade una extensa bibliografía sobre Miró y su obra. La edición de *El obispo leproso* (Cátedra, Madrid, 1989) se dedica en su introducción a un completo estudio del contexto social, histórico y político oriolano que sirve a Miró para situar los hechos de su novela en Oleza, en cuyo trasfondo está Orihuela; luego, el profesor murciano se centra en el análisis de la novela: su larga gestación, que da lugar a la mejor obra de Miró, su estructura y sus restantes componentes narrativos, con una especial atención a los aspectos formales el discurso mironiano.

El profesor F. Javier Díez de Revenga, siempre atento a la obra de Miró, publica en 1990 “Poesía y narrativa en Miró: en torno a sus cuentos” (*Caligrama*, nº 3, Universidad de Palma de Mallorca, 1990), en donde el autor, tras revisar las técnicas utilizadas por Miró en tres de sus cuentos —“La niña del cuévano”, “El Señor Cuenca y su sucesor” y “La nena de la tos ferina”—, llega a la conclusión de que, pese a los abundantes elementos líricos que de forma ascendente van creando un clima poético en esos relatos, Miró siempre opta por acabarlos con brucas vueltas a la realidad con el uso de ciertas técnicas realistas. Una muestra de la convivencia de lo lírico y lo narrativo en la singular prosa de Gabriel Miró.

Bajo la dirección del profesor Díez de Revenga, en junio de 1994 presentamos en la Universidad de Murcia nuestra pequeña aportación a la relación temática y

estilística de autores murcianos de los años 20 con la prosa del autor alicantino en *La influencia de Gabriel Miró en los narradores murcianos (1920-1936)*. A partir de una apretada síntesis bibliográfica que definía el estilo mironiano como característico de la novela lírica de comienzos del siglo XX, nos adentrábamos en el estudio de los rasgos estilísticos y temáticos de autores mironianos en Murcia como José Ballester, Andrés Cegarra Salcedo, José Benítez de Borja, José Rodríguez Cánovas, Francisco Martínez Corbalán y Pedro García Valdés, entre otros. En este trabajo, reuníamos también textos dispersos de estos autores y otros de Miró y sobre Miró publicados en Murcia en las primeras décadas del siglo XX.

El Simposio sobre literatura del Levante español celebrado en la Universidad de Kentucky en abril de 1992 fue el origen de la publicación *Literatura de Levante* (Caja de Ahorros del Mediterráneo, Murcia, 1993) en donde se incluye nuestro trabajo “Gabriel Miró en la narrativa de José Ballester” para establecer numerosos paralelismos en la vida y obra de los dos autores levantinos.

El I Simposio Internacional sobre Gabriel Miró celebrado en Alicante en 1997 dio lugar a la publicación de un libro con las Actas de los trabajos presentados (Alicante, 1999), entre los que se encuentran los de los murcianos Gonzalo Sobejano, “Gabriel Miró y el poema en prosa” –que analiza los elementos propios del poema (concentración, trascendencia y plenitud) en *El ángel, el molino, el caramcol del faro*–, y Francisco Javier Díez de Revenga con “Miró, Guillén, Guerrero (en torno a unas cartas con Levante al fondo)” –donde revisa varias cartas de Miró a Jorge Guillén, en su etapa de catedrático en la Universidad de Murcia, y a Juan Guerrero, escritas entre 1925 y 1930 y que reflejan la admiración que profesaban a Miró los escritores levantinos del momento–.

De nuevo Francisco Javier Díez de Revenga retoma su interés por Miró en 2001 con el análisis de tres textos mironianos poco conocidos en su trabajo “Tres textos olvidados de Gabriel Miró con Murcia al fondo (1908)” (*Montearabí* n° 33, Yecla, 2001). Uno de los textos es el discurso leído por el autor en la recepción del premio de *El Cuento Semanal* otorgado a la novela corta *Nómada* de 1908, en el que Miró menciona al poeta murciano Vicente Medina que tiene que marchar al extranjero en busca de mejor suerte como ejemplo de la falta de reconocimiento y las dificultades económicas por las que pasaba él mismo. El segundo texto es el publicado por Miró en el periódico anual *El Bazar Murciano* el 1 de septiembre de 1908, con una presentación de Salvador Rueda, en el que Miró confiesa su cercanía al mundo de los niños a través de las referencias a los juguetes. Finalmente, el tercer texto estudiado por Díez de Revenga es el ya mencionado en estas páginas “Al paisaje murciano”, publicado por primera vez en *El Liberal* de Murcia el 8 de septiembre de 1908 y no, como mencionan hasta hoy tantos críticos, el 9 de septiembre en el *Diario de Alicante*. Del jugoso texto mironiano destaca el crítico su barroquismo,

su personal técnica paisajista y su lenguaje neomodernista al referirse a la Huerta y a la ciudad de Murcia en un texto donde destacan las sensaciones.

Las Actas del II Simposio Internacional sobre Gabriel Miró (Alicante, 2004), celebrado en 2002, incluyen otro trabajo del profesor Díez de Revenga sobre Miró, titulado “*Las cerezas del cementerio: subjetivismo y sensualidad*”, que tiene como objetivo destacar el mundo de las sensaciones de las obras mironianas entre los años 1908 y 1915, especialmente en su novela más destacada de la etapa: *Las cerezas del cementerio*. Del mismo crítico es la edición en 2004 del libro de Miró *Corpus y otros cuentos* en la editorial Castalia, donde encontramos una interesante revisión de la narrativa breve mironiana en su etapa inicial.

Finalmente, desde la Universidad de Murcia también, el profesor José Manuel Marín Ureña es autor del estudio “La imagen del ángel en *El obispo leproso* de Gabriel Miró” publicado en la revista *Espéculo* (Universidad Complutense de Madrid, 2004), en el que establece los valores simbólicos del ángel de Salzillo en la novela de madurez del autor alicantino.

En definitiva, podemos comprobar que tanto Gabriel Miró como su obra han sido objeto de aprecio y admiración de la crítica murciana desde el primer momento y que la publicación de estudios sobre los diversos aspectos de la obra mironiana hasta nuestros días sigue demostrando la riqueza y vitalidad de una prosa original y única en las letras castellanas.